

Paraíso en la Tierra

Un equipo de científicos de Conservación Internacional y del Instituto Indonesio de Ciencias descubrió en las Montañas Foja, en el lado oeste de Nueva Guinea, Indonesia, un mundo perdido donde habitan docenas de especies nunca antes descritas por la ciencia y otras que habían sido catalogadas como extintas. Bruce Beehler, director del proyecto, y otros 11 investigadores estadounidenses, indonesios y australianos, recorrieron durante un mes esta región usando como base Kwerba, una pequeña aldea donde habitan 200 personas. Desde ahí, un grupo caminó hasta las montañas Foja y otro llegó por helicóptero a un lago pantanoso que se localiza en la cima de la sierra.

En palabras de Beehler, lo que descubrieron ahí “es lo más parecido al paraíso que puedas encontrar en la Tierra”. Ni una sola vereda, ninguna señal de que alguna civilización pasó por ahí alguna vez: un sitio que no ha sido perturbado por el ser humano. Al día siguiente de haber llegado, a unos pasos del campamento, presenciaron el rito de apareamiento de dos aves del paraíso Berlepsch de seis colas, *Parotia berlepschi*, una especie que aunque conocida, es extremadamente rara, tanto que “nos habíamos olvidado de su existencia”, señaló Beehler, especialista en aves del paraíso. Y a diferencia de otras expediciones, donde un hallazgo como éste basta para que el tiempo, dinero y esfuerzo invertidos haya valido la pena, los investigadores encontraron varias joyitas más: una población de canguros árbol de manto dorado *Dendrolagus pulcherrimus*, que nunca antes se había registrado en la zona, 60 especies diferentes de ranas, de las cuales más de



20 parecen ser nuevas y una que es una maravilla en miniatura: mide menos de 14 milímetros de largo y al parecer también es una especie nueva. Encontraron también cuatro especies de mariposas. Los botánicos no se quedaron atrás, registraron 550 especies de plantas, de las cuales seis resultaron ser desconocidas: cinco de palmas y un rododendro, pariente cercano de las azaleas.

Los descubrimientos tendrán que ser publicados en revistas especializadas y otros científicos tendrán que estudiar las plantas y animales para tener la seguridad de que se trata de especies nuevas. Pero eso parece ser lo de menos y lo de más va en dos direcciones: la primera es el horror de pensar en lo que hemos perdido sin llegar a conocerlo; las hectáreas de todos los ecosistemas que hemos destruido y seguiremos destruyendo en todo nuestro planeta. La segunda es cómo proteger ese paraíso terrenal. Beehler advirtió que en las siguientes décadas van a existir fuertes presiones sobre la región, en especial si pensamos en la necesidad de madera que tienen países cercanos a ella, como China y Japón.

Intolerancia y ciencia

La intolerancia (es decir, según el diccionario, la falta de “respeto a las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias”) ha estado presente desde siempre en la historia de la humanidad.

Sin embargo, a lo largo de esa misma historia se ha ido reconociendo, en la mayoría de las sociedades, que la tolerancia, junto con otros valores como la libertad y la democracia, representan un avance valioso que debe ser promovido. Por ello, hoy se reconoce generalmente que conductas como la discriminación, la esclavitud o las prácticas de los gobiernos totalitarios son inaceptables. Lo cual no quiere decir, claro, que no sigan existiendo; sólo que lo que antes era aceptado sin más hoy se ha convertido, afortunadamente, en algo repudiado y condenado por la sociedad.

Recientemente la publicación en varios diarios europeos de una serie de caricaturas en las que se ridiculizaba al profeta Mahoma ha causado una ola de ataques violentos a las embajadas de países de Europa en varias naciones islámicas. Se trata sin duda de una falta de respeto a las creencias de quienes profesan una de las principales religiones del mundo, pues además de satirizar a una de sus figuras centrales, se viola el principio que prohíbe a los musulmanes representar gráficamente al profeta. Se trata también de una expresión más de la cada vez más generalizada discriminación que sufren los inmigrantes islámicos que habitan en países europeos.

Sin embargo, y a pesar de las injusticias que haya detrás de la situación, el caso representa también un choque de valores: los de la libertad de expresión —probablemente llevada a un extremo imprudente— y los de una religión que algunos extremistas —de ninguna manera *todos* los creyentes islámicos— interpretan como justificación para llegar a la violencia.

¿Tiene algo que ofrecer el pensamiento científico respecto a este tipo de problemas? Quizá sí: el valor que le da al uso de evidencia comprobable para verificar lo dicho y de argumentos racionales para justificarlo. Cuando hay choques entre culturas, en los que se puede caer en discusiones interminables, podría ser útil aplicar el principio de que, por encima de valores que en la esfera personal pueden ser perfectamente respetables (como los religiosos), en la esfera pública deberían preferirse aquellos que estén fundamentados en evidencia. No es casual que el pensamiento democrático, dentro del cual ha florecido el respeto a los derechos humanos, incorpore el pensamiento científico como base de la educación pública.

Las discusiones seguirán, probablemente. Pero el uso del pensamiento racional por encima de las creencias particulares podría ayudar a evitar futuros conflictos. ¿Será esto posible?